

Revista de Historia de la Psicología
1988, Vol. 9, Núm. 1, págs. 7-16

LA 'PSICOLOGIA INDIVIDUAL' COMO PSICOLOGIA SOCIAL

FREDERIC MUNNÉ

Departamento de Psicología Social
Universidad de Barcelona

En 1911, con otros siete disidentes que le siguieron, Adler fundó el movimiento del psicoanálisis libre (*Freie psychoanalytische Forschung*), calificativo que hay que relacionar con el hecho que desencadenó su apartamiento de Freud, a saber, la pretensión de éste de censurar previamente cuanto publicaba el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, anuario del que Adler era el redactor jefe. Al año siguiente, Adler bautizaba ya a su posición de "psicología individual".

Esta expresión, con la que Adler quería marcar distancias con la freudiana de "psicoanálisis", puede llevar a la impresión de que el grado de individualismo contenido en su teoría es mucho mayor que en la de Freud y en consecuencia tiene un menor contenido social que ésta, impresión favorecida por una fácil lectura de su obra en términos nietzscheanos. Sin embargo, el acercamiento en profundidad a la obra de Adler está lleno de paradojas y malentendidos: nos habla del individuo, del poder y del interés, pero tales palabras adquieren en él un significado distinto sino opuesto al esperable.

La lectura nietzscheana aludida no debe extrañar. Es debida a que la psicología de Adler, si bien en constante evolución, estuvo fuertemente influenciada en sus comienzos por la filosofía de Nietzsche, lo que explica que como concepto base desplazara el sexo y pusiera en su lugar el concepto de poder. También influyó sobre aquélla la filosofía de Hans Vaihinger, autor de un libro

sobre "la psicología del como si" (1911), que sostenía la tesis de que el hombre se enfrenta a la realidad gracias a sus ideas ficticias de las que prescinde cuando dejan de serle útiles para ello. Adler aplicó esta tesis en el sentido de que únicamente la meta final puede explicar el comportamiento humano, y se sirvió de ella para diferenciar el hombre normal del neurótico: uno y otro se mueven por expectativas, pero este último aparte de que en él pesa la experiencia pasada, no puede liberarse de la influencia de las expectativas aunque éstas sean irrealizables o fantasiosas.

Tempranamente, hacia 1908, Adler relegó la pulsión sexual dando prioridad al impulso de agresión. Más tarde, reservó este impulso para la neurosis, enfatizando la necesidad de poder y considerando la inferioridad y la debilidad como rasgos "femeninos", y la rebelión como una "protesta varonil" compensatoria de aquella inferioridad. Al ser criticado por subrayar las pulsiones egoístas, habló de lucha por la superioridad, no en un sentido estrictamente darwiniano sino en el de lograr seguridad, poder y perfección. Finalmente, otorgó el puesto clave al afán de superación, entendido como un gran impulso de carácter innato por el que el yo se esfuerza por alcanzar su mismidad creadora.

El afán de superación se desarrolla con una dinámica que se mueve entre el sentimiento de inferioridad inherente a toda persona desde niño, ya que la primera experiencia infantil frente al medio familiar es de debilidad y después las imperfecciones de la vida corroboran esa experiencia. A este sentimiento de inferioridad se debe todo progreso: ser hombre significa poseer un sentimiento de inferioridad que constantemente exige ser compensado (Adler, 1933). Ahora bien, si dicho sentimiento es excesivo, como ocurre en los casos de una sobreprotección o de un sobrerrechazo del niño, puede desarrollarse un complejo de inferioridad que puede conducir, por sobrecompensación, a un sentimiento de superioridad. Y es que, para superar aquel sentimiento de inferioridad, el individuo construye un mundo de ideales tanto más elevado cuanto mayor siente su inferioridad. En este endiosamiento (*Gottähnlichkeit*) del individuo pondrá Adler la clave de la neurosis.

En definitiva, el complejo fundamental del ser humano ya no es el de Edipo, como creía Freud (el complejo de Edipo es

sencillamente una consecuencia del hecho de mimar el padre o la madre al hijo del sexo opuesto), sino el complejo de inferioridad. Este sentimiento, factor determinante fundamental en la vida psíquica de todo individuo, tanto del sano como del enfermo, consiste esencialmente en una necesidad de compensar una inferioridad sentida mediante una superioridad deseada.

El modo como cada individuo lucha para compensar sus inferioridades constituye, por otra parte, su estilo de vida (Adler, 1933). Este estilo se basa en las capacidades heredadas y se forma alrededor de los cinco años dentro del ciclo vital individual. Esencialmente, ya no va a cambiar, salvo con unos costes muy elevados de energía y de emotividad. Por ser un concepto poco dinámico, Adler confirió más tarde la supremacía como rector de la personalidad al concepto de "sí mismo creador" o modo individual de usar las aptitudes heredadas y las impresiones del ambiente. En cualquier caso, ambos conceptos se basan en el sentimiento de comunidad.

Dicen Hall y Lindzey (1970) que, para el Adler joven, el hombre es impulsado por una voluntad insaciable de poder y dominación compensatorios, y en cambio, para el Adler maduro, el hombre está motivado por un interés social. No estamos de acuerdo con estas afirmaciones. Si la primera es errónea, la segunda es equívoca ya que la expresión "interés social" es una desafortunada traducción anglosajona, que desvirtúa gravemente el sentido del término alemán originalmente empleado por Adler. En realidad, se trata del sentimiento de comunidad (*Gemeinschaftsgefühl*), sentimiento que es lo que nos permite compensar nuestras inferioridades naturales.

La génesis u origen de tal sentimiento no está claro en la obra de Adler. De una parte, se considera que proviene de una predisposición innata a interesarse por los otros y que explica el hecho del contacto social así como que el individuo subordine su beneficio particular al bienestar colectivo, colaborando con los demás en pos de una sociedad mejor para todos. De otra parte, se dice que el proceso de socialización dirige ese "instinto", en el sentido de que los cuidados de que es objeto el ser humano al nacer debido a su debilidad hace que vea en los otros ante todo una ayuda y ésto le impulsa paradójicamente a desarrollar un sentimiento no sólo de comunidad sino de superioridad ayudando a su vez a los demás. De ahí la creencia del hombre en una

posible sociedad perfecta, y la confianza de que una sociedad unida pueda contribuir a la autosuperación individual.

La persona normal desarrolla conscientemente el sentimiento comunitario a través de las relaciones interpersonales, la afiliación a grupos, la cooperación, esta última especialmente importante (cfr. Adler, 1930), etc. En cambio, el neurótico prescinde de ese sentimiento. En efecto, la neurosis es en todas sus formas un intento de liberarse de la inferioridad que uno siente dirigido contra la vida comunitaria la cual exige lógica, amor, cooperación, lenguaje, responsabilidad, etc., intento que persigue contradictoriamente el aislamiento y el poder, para así obtener un sentimiento de superioridad (Adler, 1927). El síntoma neurótico es una conducta para llamar la atención de los otros sobre sí. El neurótico es un ser inseguro de sí mismo que siente su inferioridad con excesiva ansiedad, lo que le lleva a sobrecompensar su complejo aparte del sentimiento comunitario, quedando de este modo inadaptado y marginado de la sociedad. Hay que relacionar la neurosis con los errores en la adaptación a la realidad. La vida en común, el trabajo, el amor, plantean problemas vitales así como ciertas condiciones sociales como la pobreza la cual puede desarrollar la aptitud para luchar por la vida.

Es importante señalar que, con referencia a la práctica terapéutica, Adler sugiere al analista que todos estos elementos y aspectos de la neurosis los considere y trate menos como pulsiones que como factores del medio social. Además, insiste en que se debe animar al paciente a cooperar en el proceso terapéutico llevado a cabo por el terapeuta. En otro aspecto, Adler procuró comprender ante todo el estilo básico de vida del paciente, analizando sus primeros recuerdos sociales de niño. Esta técnica la aplicó no sólo individualmente sino también en grupo.

El análisis, para Adler, ha de prescindir de conceptos como lo preconsciente o lo inconsciente. Como psicólogo social, los rechaza por considerarlos afines al misticismo (Bischof, 1970) y una consecuencia del fanatismo psicoanalítico. La oposición a Freud es máxima cuando afirma que el hombre es consciente de todo lo que realiza y que sólo puede hablarse del inconsciente como una parte de la conciencia referida a

materiales aún no comprendidos por el sujeto o más simplemente no recordados por éste, por ejemplo, porque no le son favorables.

Para Adler cada individuo es radicalmente distinto. Esta tesis, empero, no le impidió elaborar una caracteriología (Adler, 1935). En cualquier caso, lo que aquí importa es señalar que otorga un lugar relevante a los rasgos de la personalidad referentes a las relaciones sociales. Así, el tipo dominante no considera a los otros, el adquisitivo espera a que los otros cuiden de él, y tanto el uno como el otro carecen del sentimiento de comunidad; el evasivo, por su parte, lo tiene reducido y es indeciso, finalmente, el socialmente útil ha desarrollado este sentimiento y está en armonía con las necesidades de los otros.

Las relaciones sociales fueron también objeto de atención de Adler en el aspecto más concreto, relativo al medio familiar, de las relaciones entre los hermanos. Empíricamente, investigó el condicionamiento del orden de filiación en la formación y el desarrollo de la personalidad. Encontró que el hijo único tiende a ser dominante, no es competitivo y busca la seguridad. El primogénito se interesa por el pasado, o sea por el tiempo en que él fue el centro de atención. Adler añade la observación que muchos neuróticos y criminales lo son. El hijo o hijos intermedios son envidiosos, ambiciosos y rebeldes, intentan superar al mayor y suelen ser los más adaptados. Y el hijo menor, al que suele mimarse, es el más predispuesto a ser un niño-problema y, de adulto, un inadaptado y un neurótico. En general, el niño mimado tiende al egoísmo y el niño rechazado a la venganza, desarrollando ambos sentimientos no sociales.

Adler, que según se miran las cosas es el menos psicoanalítico de los discípulos de Freud, formula una teoría que procura moverse en todo momento al nivel de la evidencia o la experiencia cotidianas. Esencialmente, es una psicología del sentido común (Manaster y Corsini, 1982). Al lado de la suya, las teorías de Freud y Jung parecen rebuscadas. Con toda probabilidad, a la sencillez de su teoría puede imputarse buena parte de la relativamente escasa influencia directa que su psicología ha tenido.

Su influencia en psicología social está focalizada principalmente en dos aspectos. Uno es el relativo al sentimiento de inseguridad, sentimiento que posteriormente a Adler es más

bien entendido como una necesidad de seguridad, aspecto que es el que inspira toda la teoría psicosocial de la neurosis de Karen Horney y buena parte del psicoanálisis culturalista. El otro aspecto es su visión del individuo humano como, en último término, un *self* creador, lo que incide en la psicología humanística. Y así es como califica Rattner (1983) a la psicología adleriana. De todos modos y dejando aparte a sus discípulos (Kunkel, Brachfeld, etc.), la influencia de Adler ha venido actuando subrepticamente por vía subterránea.

Cabría añadir un tercer aspecto de influencia, aunque potencial ya que está por explotar todavía. Se trata, a mi juicio, de los procesos sociocognitivos básicos y en especial de la comparación social que es el proceso fundamental para entender la dinámica del individuo según la psicología de Adler. Tal proceso que está en el núcleo de la misma, consiste, como hemos visto, en un mecanismo en términos de inferioridad-superioridad que opera por compensación y sobrecompensación. Adler pronto recurrió a este mecanismo, clave de su sistema dinámico. Ya en 1907, observó que los niños con insuficiencias orgánicas procuraban compensarlas anímicamente. En el trabajo de Pich, que se incluye en el presente número, se proporcionan varias pistas sin duda sugestivas sobre el aspecto mencionado.

El concepto de sentimiento de comunidad, del todo nuclear en el conjunto de la teoría de Adler, apenas ha logrado tener desarrollo. Probablemente, por tratarse de un constructo complejo. Con todo, se ha elaborado, por Crandall (1981), una prueba para medirlo, la Social Interest Scale (SIS), formada por pares de adjetivos sobre deseabilidad social.

Como teoría social, la obra de Adler ha merecido juicios muy dispares. Mientras Jung consideraba que era una teoría propia de un introvertido que lo centraba todo en el individuo preocupado por su autosuperación y el gestaltista social Solomon Asch (1952) al sintetizar las teorías psicoanalíticas simplemente la omitía o ignoraba, otros han dicho que Adler es el primero que da al psicoanálisis una orientación social (Thomson, 1968) y, aún más, que es la figura patriarcal de la nueva tendencia psicosocial (Hall y Lindzey, 1970).

En las páginas anteriores han podido verse los aspectos más esenciales de su teoría desde la perspectiva de la psicología social, pero hay que señalar que no se ha podido entrar en todos los temas sociales abordados por la misma, específicamente los relativos a la dinámica de grupos, la hostilidad social, la sociología de la coacción política y de la guerra, y la psicología de la religión. (Véase la contribución de Adler al respecto en Ansbacher y Ansbacher, 1956). Pues bien aún considerando que su obra contiene aspectos sociales mucho más valiosos de lo que en general se reconoce, Adler no llegó a traspasar el umbral que separa el psicoanálisis del psicoanálisis propiamente social, pero (y éste es su gran mérito, nada fácil) abrió de par en par la puerta que hizo posible entrar en este último.

Y es que en la teoría de Adler hay una ambigüedad con respecto a lo social. Por un lado, la clave del comportamiento está en lo intrapsíquico; por otro lado, el medio social ha pasado a ser clara y radicalmente un factor positivo para el hombre. Veamos ésto con más detalle.

En Adler, como en Jung, el individualismo freudiano persiste en forma de explicación intrapsíquica. Lo que interesa a Adler, que es un defensor y un promotor de la total singularidad y unicidad de cada hombre, es la conducta del individuo y no sus interacciones. Aparentemente, el mecanismo de compensación responde a sendos procesos de interacción. Pero el deseo de superioridad significa, sobre todo en el Adler evolucionado, menos un poder sobre los otros que un poder sobre el propio yo, en el sentido de que la lucha por esta superioridad ocurre esencialmente en el interior del sujeto, el cual siente inferioridad y busca su autosuperación a través del autodomínio. En otras palabras, no se trata tanto de una voluntad de poder que del poder como voluntad.

Ahora bien, tanto el sentimiento de inferioridad como el mismo sentimiento de comunidad surgen de un sentimiento previo de inseguridad. Y así vista, la psicología de Adler admite una lectura distinta a la habitual, según la cual los pivotes sobre los que gira la teoría ya no son ni el ansia de poder de la primera etapa ni el mal denominado interés social de la segunda, sino un eje formado por los sentimientos mencionados.

Según esta nueva interpretación, puede afirmarse que Adler elaboró una psicología de los sentimientos frente a la psicología de las pulsiones que de hecho defendía Freud.

Pues bien, está claro que como tal teoría de los sentimientos, la teoría adleriana es una teoría de base intrapsíquica. Sin embargo, tanto el sentimiento de inferioridad-superioridad como el sentimiento de comunidad tienen como referente a lo social: si el primero exige compararse con los otros, el segundo supone un vincularse a ellos no funcional o utilitariamente, lo que correspondería a la *Gesellschaft*, sino de un modo afectivo.

Por otra parte, el carácter aparentemente determinante del medio social lo muestra Adler en sus estudios sobre los efectos del orden del nacimiento en los hijos, estudios cuyas hipótesis, que han provocado una gran cantidad de investigaciones casi todas de carácter correlacional (cfr. Bischof, 1970), han sido en cierta medida confirmadas experimentalmente por Schachter (1959). Sin embargo, que para él la influencia del medio, así como la de la herencia, es secundaria y que lo determinante continúa siendo el factor intrapsíquico se advierte en su concepción de la neurosis como la interpretación que un niño hace de su vida y que genera un sentimiento amenazador de inferioridad, y por consiguiente de inseguridad, no compensado.

Todo lo anterior no impide que la teoría de Adler tenga una verdadera dimensión social. Esta dimensión se vislumbra en una visión del sexo, muy distinta a la freudiana. Para Freud, este último, es un factor absolutamente determinante y social, en cambio en Adler los sexos son como papeles a asumir que no sólo determinan sino que pueden modificar nada menos que el estilo de vida del individuo, como en el caso de la protesta varonil de la mujer.

Pero donde resulta más patente y auténtica la dimensión social de la teoría adleriana es en el carácter decididamente positivo que se otorga a lo social. En una visión antípoda de la freudiana, se concibe a la neurosis como una negación a participar en la vida real, esto es en la vida social. Pienso que dicho carácter positivo se debe a que estamos ante una teoría que parte y se basa más en lo normal (los sentimientos) que en lo patológico (los complejos). Es decir, mientras Freud adopta una perspectiva psicopatológica, lo que implica que produce una

psiquiatría antes que un psicología, Adler invierte la relación con lo que lo social pasa a ser una dimensión natural del ser humano.

Otra diferencia con Freud, en relación también con la positividad de lo social, es que Adler sostuvo que el hombre puede cambiar y por lo tanto que la sociedad puede mejorar. Quizás por ésto, y también por el ambiente familiar pues era sobrino del dirigente del socialismo austríaco Viktor Adler, fue mucho más sensible que aquél a las cuestiones sociales y aún políticas. Buena prueba de ello son los diversos escritos que dedicó a favor del feminismo y del socialismo. Interpretó el primero como un movimiento de lucha frente a la debilidad social, no biológica, de la mujer para adquirir poder. En cuanto al socialismo, lo entendía como la defensa de un orden democrático conciliador entre la lucha compensatoria individual y la lucha con los demás. Pero hay más, en el orden práctico, Adler se dedicó a mejorar numerosas escuelas y a enseñar a los padres cómo debían educar a sus hijos.

La obra de Adler incluso incorpora y sazona el psicoanálisis con unos leves pero claros cimientos de crítica social. No ha de resultarnos sorprendente que, según cuenta Fromm (1949), Trosky se interesara más por su teoría que por la de Freud.

BIBLIOGRAFIA

- ADLER, A.: *Menschenkenntnis*. Hirzel Verlag, 1927. (*Conocimiento del hombre*. Buenos Aires. Austral, 1947).
- ADLER, A.: Individual psychology. En C. Murchinson, *Psychologies of 1930*. Worcester, Mass., Clark Univ. Press, 1930, cap. 21. Incluido en G. Lindzey, C.S. Hall y M. Manosevitz, *Theories of personality*. Nueva York, Wiley, 1973, 2º Ed.(México, Limusa, 1978).
- ADLER, A.: *Der Sinn des Lebens*, 1933. La traducción inglesa (Nueva York, Putnam, 1939) lleva el título de *Social interest*. (El sentido de la

- vida. Barcelona, Miracle, 1935; *Superioridad e interés social*, México, F.C.E., 1970).
- ADLER, A.: The fundamental views of individual psychology. *International Journal of Individual Psychology*, 1935, 1, 5-8.
- ANSBACHER, H.L. y ANSBACHER, R.R.: *The individual psychology of Alfred Adler*. Nueva York, Basic Books, 1956.
- ASCH, S.E.: *Social psychology*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1952.
- BISCHOF, L.S.: *Interpreting personality theories*. Nueva York, Harper and Row, 1970. 1ªed.: 1964. (*Interpretación de las teorías de la personalidad. Enfoque de poder explicativo y capacidad predictiva*. México, Trillas, 1973).
- CRANDALL, J.E.: *Theory and measurement of social interest. Empirical tests of Alfred Adler*. Nueva York, Columbia, 1981.
- FROMM, E.: Psychoanalytic characteriology and its application to the understanding of culture. En S.S. Sargent y M.W. Smith (eds.), *Culture and personality*. Nueva York, Viking Fund., 1949, 1-12.
- HALL, C.S. y LINDZEY, G.: *Theories of personality*. Nueva York, Wiley, 1970. 1ªed., 1957. (*Las teorías psicosociales de la personalidad. Adler, Fromm, Horney y Sullivan*. Cap.4 del original inglés. Buenos Aires, Paidós, 1974).
- MANASTER, G.J. y CORSINI, R.J.: *Individual psychology*. Itaska, Ill., Peacock, 1982.
- RATTNER, J.: *Alfred Adler*. Nueva York, Ungar, 1983.
- SCHACHTER, S.: *The psychology of affiliation*. Stanford, Calif., Stanford Univ. Press., 1959. (Buenos Aires, Paidós, 1966).
- THOMSON, R.: *The Pelican history of psychology*. Londres, Penguin Books, 1968. (*Historia de la psicología*, Madrid, Guadiana, 1969).